

Reporte

Nombre: Leocadio Benítez

Curso: Música 102 – apreciación Musical (Profesor: Carolina Lesta)

Fecha: 2 de abril de ...

Tópico: Concierto Popular Danzante de la Orquesta Filarmónica

Ayer por la noche, asistí a un “Concierto Popular Danzante” presentado por la Orquesta Filarmónica y miembros del Cuerpo de Ballet de la ciudad. Siguiendo sus instrucciones, este reporte se refiere a la labor de la orquesta y no la de los bailarines, porque yo de ballet no sé nada, y en visto de lo que presencié anoche, tampoco me interesa saber.

Llegué temprano al Auditorio y me dirigí a mi asiento, arriba en el “gallinero” donde va la gente pobre como yo. Al rato de acomodarme, me encontraba ya aburridísimo, casi comatoso, esperando que la orquesta acabara de llegar, cuando oí un grito que me despertó abruptamente: “¡Leocadio! ¡Mi socio! ¿Qué haces allá arriba con la plebe?” Miré para abajo, y en la platea estaba mi amigo de la infancia José Antonio, a quien hacía años que no veía, no desde que el padre se sacó la lotería y se fueron a vivir al barrio de los ricos. Mientras José Antonio me hacía señas para que bajara a verlo, me acordé que su familia empezó a darse aires desde que agarraron plata y ahora se catalogan como cultos y preparados, quizás asistir a la Filarmónica es más para para que la gente los vea, porque aun cuando son ricos no están seguros de encajar en la alta sociedad.

José Antonio, su hermana Queta y sus padres estaban en el medio de la sexta fila, que me imagino es una de las localidades más costosas. (¡Qué manera de botar la plata!). Bajé, los saludé, y José Antonio dijo de inmediato: “Mira, ven, siéntate con nosotros, este asiento está vacío porque le compramos boleto a mi tía Eudisia y ella no pudo venir.” Estaba tentado por unirme a ellos, pero le eché una mirada al cuello y corbata que portaban los varones y los vestidos elegantes de las damas, y yo con camisa de manga corta, y decidí volver a mi asiento. “Gracias, Pepe, pero voy a estar tomando notas para un reporte que tengo que presentar en la escuela y no quiero distraerlos.” El papá medio que se sonrió, y me dijo como quien no quiere la cosa: “No importa, chico, no tengas penas con nosotros.” Así es que me volví a mi percha en las alturas. La mamá de José Antonio ni me saludó. Creo que ahora no le agrada la compañía de los mulatos.

La orquesta acabó por llegar al fin, y empezaron a hacer un gran ruido con sus instrumentos, me imagino para afinarlos. Al rato entró una vieja vestida toda de negro, como si de luto por los autores de la música que iban a tocar. (Leyendo el programa durante el intermedio me enteré de que era el “primer violín,” quizás porque la vieja era la decana del

conjunto). La aplaudieron mucho, y ella procedió a tocar una nota en su violín que fue repetida por todos los instrumentos, como si fuera parte del programa, pero yo sé que no lo era. Entonces se sentó en la silla más cerca del público, con aire de satisfacción como si hubiera hecho una gran hazaña.

Casi enseguida entró el director de orquesta, un tal Zoltán Székely. Nunca lo había oído mentar antes; de eso estoy seguro, porque nombres así no se me olvidan. Además, era tan flaco que parecía un esqueleto vestido de smoking, y se movía con gestos bruscos y poco coherentes, como una marioneta mal manejada. Un fuerte aplauso lo recibió, al que yo me uní, aunque me pareció un poco prematuro. Székely inclinó la parte superior del cuerpo con un gesto mecánico, como de navaja en plan de cerrarse, y nos dio la espalda para enfrentarse a los músicos.

Lo primero que tocaron fue una “obertura,” la de la ópera “Ruslán y Ludmilla” de un ruso llamado Mijail Glinka. Empezó muy suavemente, pero parece que la orquesta se fue entusiasmando hasta que al final Székely estaba lanzando batutazos en todas direcciones con desenfreno, mientras que los músicos seguían cada cual por su lado, como si con ellos no fuera. Mi hermano Yayo, que sabe mucho de música (lástima que no sea tan listo para otras cosas), dice que eso se llama “crescendo,” aunque a mí no me consta.

Hubo un gran aplauso, tanto que el Sr. Székely, que se había ido entre bastidores quien sabe a hacer qué, tuvo que volver apresuradamente a hacer un par más de reverencias. Se fue de nuevo, pero esta vez volvió acompañado por un par de bailarines. Ella, fea y flaca, se llamaba Gisela Stroessner, y él – vamos mejor a no describirlo – era Maurice Coulon, bastante más bello que su compañera. Tras los acostumbrados aplausos, se lanzaron a lo que en el programa se llamaba el “pas de deux” del ballet “Raymonda” de otro ruso, Alexander Glazunov. Un viejito sentado cerca de mí comentó con un mal apagado susurro que era una interpretación exquisita de la pieza. Pero la verdad, como dije antes, yo no sé nada de ballet y los ejercicios calisténicos de Gisela y Maurice me dejaron frío. Sin embargo, acepté como bueno el juicio del viejito y aplaudí al final hasta que me dolieron las manos.

Al parecer decidieron darle un descanso a los bailarines, porque el próximo número fue la Marcha de los Juguetes del gran compositor americano Víctor Herbert. ¡Qué alivio! ¡Por fin tocaron algo que me gustara! Esta marcha es muy buena, tiene un compás de 2 por 4, como casi todas las marchas, aunque algunas tienen 4 por 4 y son también marchas, no sé por qué la diferencia, con los músicos nunca se sabe.

En la marcha pude reconocer varios instrumentos: las trompetas, los trombones (que son más grandes que las trompetas), las tubas (que todavía son más grandes) y las trompas. Todas tocaban a lo más que daban, que era bastante. También había un par de tambores que tocaban tan fuerte que hacían vibrar el piso, y otros instrumentos que no pude reconocer porque con las trompetas y los trombones, y las tubas y las trompas no se podía oír más nada.

Entonces vino el intermedio. La gente que estaba conmigo en el gallinero se desbordó a ver si conseguían mejor asiento abajo. Yo me quedé donde estaba, porque me dije: “No importa donde se siente uno, lo que importa es saber lo que está pasando. Y no es que me quiera dar de sabio, pero a mí no se me escapa una nota.” Así estaba de orgulloso, y me fui a tomarme un refresco. Cuando volví, toda la gente que antes me acompañaba había conseguido asientos más caros, porque al parecer muchos de los asistentes con más recursos ya habían conseguido exhibirse ante sus correligionarios y se habían marchado en búsqueda de entretenimiento más agradable. No me sentí mal por estar solo, porque así me pude poner más cómodo y me recosté y hasta pude poner los pies en el asiento de abajo sin que ninguna cacatúa me mirara de medio lado.

La segunda parte del concierto empezó de un modo similar a la primera. Los músicos entraron todos juntos y empezaron a hacer tremenda bulla, hasta que volvió la vieja violinista. Me dio lástima verla caminar en puntillas, como avergonzada del escándalo que hacían sus colegas, tan mal educados. Después de entonar los instrumentos, se sentaron a esperar a que volviera el Sr. Székely. El llegó, hizo sus reverencias espásticas, recibió el aclamo del público, y la cosa comenzó de nuevo.

Con el vinieron un grupo nuevo de bailarines, principalmente mujeres con sayitas blancas tan cortas que casi no les cubrían nada. Se dedicaron a ejecutar (y creo que uso la palabra correctamente) una cosa de Chopin. Se tomaban mutuamente por la cintura formando cadenas, daban saltitos y saltones y hacían otras maniobras sin objetivo claro. Pasó así un largo rato hasta que la pieza terminó.

A mí no me gustó nada este número porque todos mis recuerdos de Chopin eran de mi prima Chacha tocando Chopin al piano, y como a menudo no le salía bien la parte y la seguía repitiendo hasta que mi tía la hacía parar porque le daba jaqueca. El caso es que aunque sonaba distinto, la música me traía la imagen de Chacha sentada al piano cogiendo rabetas porque le fallaban las notas. Pero al resto de la audiencia parece que les encantó, así es que cuando todos rompieron a aplaudir y a gritar “BRAVO” como en las películas, yo me uní al clamor.

Otro descanso para los bailarines, y la orquesta acometió una nueva canción, y de inmediato me di cuenta de lo que era: un vals. Se llamaba la Caballería Ligera, y creo que era de Strauss. Hasta reconocí algunos pasajes, sobre todo los rápidos, y los tarareaba junto con la orquesta. ¡Qué bueno es poder seguirle la pista a la orquesta, recordar todos los pasajes, la melodía, y hasta el ritmo!

El último número del programa fue otro “pas de deux” bajo la música de la Sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak (perdone si hay falta de ortografía, pero los nombres rusos siempre se me atraviesan). Esta es una obra en ritmo de 6 por 8, muy bonita, con una pila de crescendos y decrescendos, porque las obras del siglo XIX tienen muchos cambios de ritmo que lo confunden a uno. En esta obra había también trompetas y trombones y trompas, un tambor enorme los

acompañaba de vez en cuando, y hasta platillos como en los actos de magia. No me explico por qué había tantos violines y otros instrumentos en el programa, porque con las trompetas y los trombones y el tambor y los platillos ya alcanzaba para dejar contento a cualquiera.

Los bailarines eran Gisela y Mauricio, de vuelta a la escena. Me fijé bien y vi que ella era mucho más bajita que él, y se pasaba todo el tiempo empinándose, tratando de llegarle a los hombros al compañero; pero que va, por mucho que trataba no lo alcanzaba, hasta que al fin él la tomó y la subió al aire y le dio varias vueltas como si estuviera preparándose a lanzar un disco en los juegos olímpicos. Dieron varias volteretas más y terminaron con él medio que de rodillas frente a ella, besándole la mano.

Cuando se acabó el número, la gente se volvió loca aplaudiendo a los bailarines y a la orquesta y desde luego al Sr. Székely. El y los bailarines hacían como que se iban y se desaparecían por un momento, pero yo capté que se quedaban escondidos detrás de la cortina, esperando a que la gente les demandara el regreso para volver y saludar. Yo quisiera saber que pasaría un día si nadie aplaudía al director cuando saliera del escenario, a ver qué cosa hacía.

En un momento dado, una niña se personó con un ramo de rosas y se las entregó a Gisela, que las abrazó con ternura como si fuera un bebé recién nacido. Entonces arrancó una rosa y se la dio a Maurice, que la recibió con los ojos en blanco y un gesto amplio con el brazo, como de gran placer de recibir la adulación del público. Parece que esa es la señal de retirada, porque quienes aún quedaban en el auditorio (muchos se habían ido tan pronto como terminó la música) empezaron a buscar la salida, y yo con ellos.

En fin, fue un concierto interesante que me ayudó a adquirir bastante cultura. Porque no hay que ser rico como José Antonio y su familia para adquirir cultura. De hecho, si uno se fija, cada día se aprende algo nuevo.